

ra sido mayor, sin cambiar por eso la suerte de la jornada, porque á sus doce mil hombres podíamos oponer nosotros los diez mil de Marmont, los diez mil que le quedaban al príncipe Eugenio, y la misma guardia veterana en caso necesario. Resulta que el archiduque Juan no supo obedecer, y su jefe no supo mandar.

Aunque los resultados de la batalla de Wagram no podían compararse con los de Austerlitz, de Jena y de Friedland, eran, sin embargo, muy importantes. Los austriacos habían perdido entre muertos y heridos cerca de veinticuatro mil hombres, en los cuales se contaban los generales Nordmann, d'Aspre, Wukassovich, Vecsay, Rouvroy, Nostiz, Hesse-Homburg, Vacquant, Motzen, Stutterheim, Homberg y Merville. Hicimosles nueve mil prisioneros, que formaban con los del día anterior doce mil (1) por lo menos: de modo que el ejército enemigo perdió treinta y seis mil hombres, además de unos veinte cañones. Nosotros tuvimos entre muertos y heridos de quince á diez y ocho mil; siete ú ocho mil de ellos perdidos para siempre. Era, pues, aquella batalla digna de eterna memoria, la más grande que Napoleón había dado jamás por el número de combatientes y una de las más importantes por sus consecuencias. Lo maravilloso en ella no era precisamente el número de prisioneros ni el de banderas y cañones cogidos en aquel día; era el haber pasado en presencia del enemigo, y con una precisión, un conjunto y una seguridad admirables, uno de los ríos más anchos y caudalosos de Europa; era el haber estado trabando combates por espacio de veinticuatro horas en una línea de tres leguas con el río á la espalda, arrojando los inmensos peligros inherentes á tan crítica situación: era, por último, el haber tomado la posición desde la cual el generalísimo nos tenía á los franceses estrechados, y el haber vencido al ejército que defendía la monarquía austriaca, inutilizada ya para sostener la campaña. Estos resultados eran inmensos, puesto que ponían término á la guerra. Desde el punto de vista militar, Napoleón excedió en el paso del Danubio á cuanto se había hecho jamás en este género: en el campo de batalla condujo con una maravillosa celeridad del centro á la izquierda la reserva que tan hábilmente se había proporcionado, y resolvió la cuestión con uno de aquellos movimientos decisivos sólo peculiares de los grandes capitanes; y si bien se privó de una importante ventaja deteniendo demasiado pronto á los austriacos que iban á situarse entre él y el Danubio, lo hizo por inspiración de una alta prudencia digna de ser admirada. Si algo puede censurarse en medio de tan prodigiosos acaecimientos son las consecuencias derivadas exclusivamente de la política de Napoleón, como la demasiada inexperiencia de sus tropas, la desmedida extensión de las operaciones, las equivocaciones producidas por aquella aglomeración de gentes de naciones diversas, y por último, cierto principio de confusión imputable, no precisamente al genio que mandaba, pero sí á la diversidad y al número de los elementos de que tenía que valerse para llenar la inmensidad de su objeto. Su genio seguía siendo tanto más extraordinario por cuanto luchaba con la naturaleza misma de las cosas; pero entreveíase ya que

(1) Los boletines han supuesto muchos más, pero su exageración es notoria. (N. del A.)

si semejante lucha se prolongaba, no era la naturaleza la que saldría vencedora.

Su adversario se había conducido con valor, con abnegación, con sagacidad, pero con indecisión. Sin recurrir para juzgarle á todos los planes, más ó menos especiosos, que se le echa en cara no haber seguido, tales como el de acometer la isla de Lobau después de la batalla de Essling, y el de pasar el Danubio por más arriba ó más abajo de Viena, es incontestable que pudo hacer algo, sencillo y de efecto seguro, que no hizo, cual era el multiplicar los obstáculos contra el pasaje en todo el circuito de la isla de Lobau; el atrincherar el campamento que iba á servir de campo de batalla, con lo cual hubiera podido coger por el flanco á los franceses después de haberles hecho frente, y acorralarlos contra el río que habían atravesado; el dar sus órdenes con la necesaria precisión para que la acción de la izquierda no sobrepusiera á la de la derecha; y por último, el juntar para aquella jornada decisiva todas las fuerzas disponibles de la monarquía austriaca, sin dejar ociosos por lo menos cuarenta mil hombres en Hungría, Bohemia y Galitzia. Por lo general las cosas más sencillas que dicta el común seso son las que, si se omiten, deciden de las más importantes operaciones especialmente en la guerra. No falta tampoco fundamento para decir que el príncipe austriaco mandó con demasiada premura la retirada, puesto que aún podía hacer cara al ejército francés, y que manteniéndose más tiempo firme se habría proporcionado el auxilio oportuno del archiduque Juan. Pero es fuerza reconocer que la obstinación de su parte pudo haber hecho la derrota tan completa que nada absolutamente quedase de un ejército de cuya conservación pendía la salvación de la monarquía. El archiduque ganaba obstinándose, no hay duda, algunas probabilidades de victoria, pero muchas más también de perecer sin escape posible. Sea lo que fuere de los diversos juicios formados desde hace medio siglo por todos los historiadores sobre estas memorables operaciones, no es menos cierto que hasta del propio engaño resulta gloria cuando con tan heroico denuedo se defiende la patria y se toma parte en empresas tan colosales. La guerra aparte de esto tocaba á su término, porque no era posible salvar la monarquía con los doce mil hombres del archiduque Juan y los ochenta mil que al archiduque Carlos le quedaban; en efecto, si bien este último sólo había perdido unos treinta y tantos mil, entre muertos y prisioneros, también había visto desertar de las filas del landwehr por lo menos otros tantos, los cuales huían precipitadamente á sus hogares. Retirarse á una de las provincias de la monarquía, eligiendo la más á propósito, rehacerse en ella lo mejor posible y mejorar las condiciones de la pacificación con la amenaza de una guerra perdurable, era la única esperanza que podía aún conservarse.

Esta era la apreciación que hacía Napoleón de la batalla de Wagram, y considerando como próximo el término de las hostilidades, quería que éste fuese de tal manera que la paz dependiese absolutamente de él. Si en vez de enviar á España á perecer inútilmente contra obstáculos de la naturaleza el ejército veterano de Boloña, le hubiera tenido reservado entre el Rhin y el Danubio para anonadar con él al Austria, habría podido borrar del mapa de Europa esta potencia, aunque

sólo mientras durase su reinado; pero precisado á luchar con fuerzas apresuradamente allegadas contra los inmensos armamentos del Austria, había hecho el prodigio de sojuzgarla en el espacio de tres meses, y con sólo que lograrse hacerle aceptar la paz y castigarla por esa cuarta guerra con sacrificios territoriales y contribuciones de sangre y de dinero, había hecho lo bastante para su gloria personal y para la conservación de su grandeza. Por esta consideración había ya renunciado á la idea de destronar á la casa de Habsburgo, idea que había concebido en el primer ímpetu de cólera después de los prodigiosos triunfos de Ratisbona. Castigar á esta casa humillándola todavía más, y anonadar con el mismo golpe las resistencias que habían estado á punto de declararse en Europa, era ya para él el único trofeo, bien grande y deslumbrador por cierto, de esta última campaña, que no debía parecer menos extraordinaria que todas las anteriores, especialmente si se comparaban los medios empleados en ella con los resultados obtenidos.

No trató, pues, Napoleón de perseguir á los austriacos sino para precisarlos á someterse definitivamente. Pero ya no le era posible obrar como otras veces, esto es, volver á marchar inmediatamente después de haber empleado un día entero para recabar el fruto de la victoria. Su ejército era demasiado numeroso, tenía demasiados puntos que vigilar, demasiados cuadros nuevos, y en los cuadros veteranos demasiados bisoños para poder emprender de nuevo la marcha aquella misma noche, ó á la madrugada siguiente, sin recelo por lo que pudiese ocurrir á sus espaldas. Había en efecto regimientos en que muchos soldados sólo se ocupaban en merodear ó en transportar heridos. Regimiento había de dos mil quinientos hombres, reducido en la actualidad á mil por haber quedado fuera de combate quinientos y otros mil destacados. El calor era insuportable, abundaban los vinos en los pueblos, el soldado gozaba de la victoria con cierto desorden, y era menester todo el ascendiente de Napoleón para mantener la sumisión, la fidelidad á la bandera y el amor al deber. En la época actual ya todo era más difícil, y Napoleón lo sabía, aunque no lo manifestaba.

Al día siguiente, 7 de julio, se trasladó en persona á la residencia de Wolkersdorf, desde la cual había presenciado el emperador Francisco la batalla de Wagram, y allí estableció su cuartel general. Concedió á los cuerpos este día de descanso para la conducción de los heridos á los hospitales de sangre de la isla de Lobau, para que fuesen incorporándose al ejército los soldados destacados ó extraviados y por último para volverse á poner en disposición de hacer una marcha larga y rápida. Entretanto envió los cuerpos que no habían tenido parte en la pelea por los caminos donde era probable se encontrasen con el enemigo. El de Moravia era al parecer el más á propósito para buscarle, porque estando la Moravia situada entre Bohemia y Hungría, permitiendo la comunicación con una ú otra de estas grandes provincias sacar de ellas los recursos necesarios y fijarse en cualquiera de ellas para una resistencia prolongada, era de presumir que el generalísimo vencido hubiese visto en él la vía más segura para la retirada. Con esta idea dirigió Napoleón primeramente la caballería del general Montbrún por el camino de Nikolsburgo, mandando que desde el 7 por la noche le siguie-

se el brillante cuerpo de Marmont, que, no habiéndose batido el día 6, se hallaba en estado de emprender la marcha en seguida. Agregóse los bávaros de Wrede, cuya artillería solamente había entrado en acción, y señalándose á todos la vía de Moravia les dejó en libertad de tomar por la derecha ó por la izquierda, hacia Hungría ó hacia Bohemia, según la dirección que los reconocimientos del general Montbrún atribuyesen á la retirada del enemigo. Mandó á Massena que allegase su gente cuanto antes, y que juntamente con las divisiones que habían sufrido menos, en especialidad las de Legrand y Molitor, siguiese la corriente del Danubio observando el camino de Bohemia por Kornenburgo, Stockerau y Znaim. Dejóse la caballería de Lassalle, que había mandado el general Marulaz desde la muerte de aquel general y que regía en la actualidad el general Bruyere por haber sido Marulaz herido. Agregó finalmente á esta fuerza los coraceros de Saint-Sulpice.

No teniendo todavía informes exactos acerca de la marcha de los austriacos, que la caballería ligera indicaba á un tiempo mismo hacia los caminos de Moravia y Bohemia, y persistiendo en la idea de que la vía de Moravia era la que debían naturalmente haber preferido, despachó Napoleón al día siguiente, 8, al mariscal Davout, cuyo cuerpo se hallaba completamente repuesto de la jornada del 6, hacia Nikolsburgo, en pos del general Marmont. Habíale dejado los dragones de Grouchy y los coraceros de Arrighi, y estas tropas componían con las del general Marmont un total de cuarenta y cinco mil hombres por lo menos, capaces de hacer frente al ejército entero del archiduque Carlos. Dirigió al mismo tiempo los sajones sobre el March, para observar al archiduque Juan y obligarle á permanecer al otro lado de esta línea: dejó al príncipe Eugenio con parte de su ejército sobre Viena, ya para contener á la población si llegaba á sublevarse, ya para detener al archiduque Juan si, abandonando la orilla izquierda del Danubio, que acabábamos de conquistar, hacía por la orilla derecha desguarnecida una tentativa á la cual pudiesen unirse los generales Chasteler y Giulay; envió á Viena al general Vandamme con los wurtembergueses, encaminó al general Macdonald detrás de Massena y permaneció él otras veinticuatro horas más en Wolkersdorf con toda la guardia, los coraceros de Nansouty y los bisoños de Oudinot, para saber en cuál de los dos caminos, de Moravia y de Bohemia, podría con toda seguridad encontrar al enemigo.

Aunque no creía posible que los austriacos hiciesen una resistencia prolongada, no quería sin embargo dejar nada á la ventura mientras iba á alejarse de Viena, y así no se limitó á destinar parte de sus fuerzas á la custodia de la capital, sino que tomó las medidas necesarias para ponerla en estado de defensa. Mandó transportar á ella las ciento y nueve piezas de grueso calibre que habían protegido el paso del ejército, repartirlas en los muros de la ciudad, cerrar las golas de todos los bastiones para que la guarnición quedase defendida contra los amagos de dentro y fuera, reunir allí vitualla y municiones para diez mil hombres y tres meses, hacer componer las numerosas barcas que habían servido para las diversas operaciones de la isla de Lobau, y restablecer el puente del Thabor por medio de barcas hasta tanto que pudiese hacerse sobre zampeado, res-



guardándole con dos espaciosas cabeceras en las dos orillas. La isla de Lobau tenía ya bastante con los puentes fijos que se habían echado en los dos brazos grande y chico, puesto que había quedado reducida á un mero depósito en que estaban amontonados los prisioneros y los heridos. Con un medio de comunicación seguro delante de Viena, y otro á la altura de la isla de Lobau, tenía Napoleón los elementos de pasaje necesarios para todas las eventualidades imaginables de la guerra. Mandó al mismo tiempo completar el armamento de Raab, terminar las obras de Molk, de Lintz y de Passau, que seguían destinadas á asegurar su línea de operaciones, y finalmente, tomadas todas estas precauciones para si llegaba el caso de una lucha prolongada, resolvió sacar de la victoria de Wagram una de sus más esenciales consecuencias, que era la que había de proporcionarle recursos pecuniarios, imponiendo á las provincias de la monarquía que estaba ocupando una contribución de guerra de doscientos millones, que, una vez decretada, ya no había de poder levantarse con ninguna negociación de paz ulterior, si, como él creía, estas negociaciones llegaban á abrirse pronto. En esto empleó los días 7 y 8 y parte del 9, que pasó en Wolkersdorf, esperando el resultado de los reconocimientos mandados hacer en todas direcciones.

El archiduque Carlos había elegido, no se sabe por qué, la Bohemia para su retirada. Ya porque temiese, por la dirección que había tomado la batalla de Wagram, no poder llegar con tiempo al camino de Moravia, ó ya porque quisiese conservar la importante provincia de Bohemia á la monarquía y tener expedita la comunicación con el centro de Alemania, cuya sublevación no querían dejar de esperar los austriacos, se había retirado por el camino de Znaim que conduce á Praga por Iglau: extraña resolución por cierto, porque no se ve qué ventajas podía prometerse, aparte de la vana satisfacción de separarse de su hermano el archiduque Juan, dejándole el cuidado de soliviar la Hungría, mientras iba él á poner en juego todos los recursos de la Bohemia. Dirigiéndose á esta provincia se encerraba en una especie de palenque que su adversario podía atravesar de uno á otro extremo en pocas jornadas y sin desviarse mucho del Danubio, librando la suerte de la monarquía austriaca al azar de un reencuentro cuyo resultado no era dudoso. Por el contrario, internándose en Hungría, hubiera allegado cuantas fuerzas le quedaban á la casa de Austria, atraído á su adversario hacia el corazón de la monarquía, donde el ejército austriaco se habría ido engrosando á medida que fuera cercenándose el francés, y donde tal vez habría encontrado ocasión propicia para una nueva batalla menos desastrosa que la de Wagram, y suscitado por fin contra Napoleón el único obstáculo que podía vencerle, el único que en efecto le venció, que era el de las distancias. El inconveniente de perder los recursos de la Bohemia no era muy grande, porque por una parte esta provincia ya no tenía casi nada que dar, y por otra parte Napoleón no tenía fuerza que destinar á su ocupación. No puede por consiguiente motivarse semejante elección sino con la turbación inevitable de la derrota, la cual produce casi siempre las más desgraciadas resoluciones y suele hacer que un revés sea fecunda semilla de otros reveses mayores é irreparables.

Además, cualesquiera que fuesen sus razones, el archiduque Carlos tomó la vía de Praga por Znaim. Por este camino, que tomó por Konemburgo y Stockerau, fué marchando con los cuerpos de Bellegarde, Kollowrath y Klenau, con la reserva de granaderos y la de caballería, sin más fuerzas entre todos que unos sesenta mil hombres. El cuerpo del príncipe Reuss que había perdido el día 6 observando el desembocadero de Viena, y que no había padecido en la batalla, era el que formaba la retaguardia. Consintió el archiduque Carlos que se retirasen por el camino de Moravia, por Wilfersdorf y Nikolsburgo, los cuerpos de Rosemberg y de Hohenzollern flanqueando al ejército principal, lo cual autoriza á suponer que en aquella circunstancia hubo algo más que una mala resolución, ó que por mejor decir faltó la resolución de todo punto, y cada cuerpo tomó la vía á que casualmente le condujo la batalla que acababa de perderse. En efecto, la izquierda, formada por Hohenzollern y Rosemberg, había sido repelida hacia el camino de Moravia, y el centro y la derecha que componían Bellegarde, las reservas de infantería y caballería y los cuerpos de Kollowrath, Reuss y Klenau (cuerpos tercero, quinto y sexto), lo fueron hacia el camino de Bohemia. Así sucede muchas veces que la historia se afana por encontrar razones donde verdaderamente no las hay, y que suelen atribuirse á malos cálculos ciertos hechos á que no presidió cálculo ninguno.

Sin embargo, esa doble marcha por la cual el archiduque Carlos quedaba tan separado de aquellos veinte ó veinticinco mil hombres, que eran quizás los mejores del ejército austriaco, produjo una ventaja momentánea, porque puso á Napoleón en una completa incertidumbre sobre el camino que había tomado el enemigo, y le expuso á equivocarse la dirección que había de dar á sus columnas. Así fué que envió por el camino de Moravia, por Wolkersdorf y Nikolsburgo, á Montbrún, á Marmont, á Wrede, (1) y á Davout, es decir, cuarenta y cinco mil hombres contra veinticinco mil; y por el camino de Znaim á Massena, Macdonald, Marulaz y Saint-Sulpice, esto es, veintiocho mil hombres contra sesenta mil; aunque es verdad que situado él entre unos y otros con la guardia, con Nansouty y con Oudinot, podía en pocas horas llevar un refuerzo de treinta mil combatientes al primero que lo necesitase.

Massena por un lado y Marmont por otro siguieron el itinerario que les había sido prescrito. El 8 de julio emprendió Marmont tras la retaguardia de Rosemberg, cogiéndole por todas partes zagueros, heridos y gente del landwehr que abandonaba las filas. Llegó el 9 á Wilfersdorf: allí supo por los reconocimientos de Montbrún, hechos siempre con tanto acierto como audacia, que el príncipe de Rosemberg había torcido á la izquierda dejando la vía de Moravia por la de Bohemia. En efecto, los dos lugartenientes del archiduque Carlos, para reunirse al grueso del ejército austriaco pasaban del camino de Moravia al de Bohemia obedeciendo en esto á una orden cuyas singulares perplejidades veremos en breve. El general Marmont, á quien Napoleón

(1) El general Wrede estaba herido. Su división era la que seguía inmediatamente después del cuerpo de Marmont, y por esta razón le conservamos su nombre, aunque estuviere haciendo las veces de Wrede en el mando el general Minuti. (N. del A.)



EL PRÍNCIPE CARLOS



había dejado en libertad de seguir el camino donde creyese encontrar al enemigo, adoptó el único partido conveniente en aquellas circunstancias. Desviándose de la Moravia lo mismo que el cuerpo á cuyo alcance iba, tomó por Mistelbach y Laa la dirección de Znaim, sólo que teniendo que dar parte al mariscal Davout de su nueva marcha, no se atrevió á llamarle hacia sí dudando que fuese el grueso del ejército enemigo el destacamento al cual iba picando la retirada. Dióle, pues, aviso de su conversión á la izquierda sin hacer cosa alguna para impedir que siguiese él hacia Nikolsburgo y la Moravia.

El 9, á medio camino de Laa, tuvo un encuentro con mil doscientos caballos y dos batallones de Rosenberg, los arrolló y les hizo varios centenares de prisioneros. Llegó por la noche á Laa, sobre el Taya, río que baña sucesivamente á Znaim, á Laa y va á desaguar al Morava, atravesando la Moravia por el centro. El calor era sofocante en esta provincia, que abrigan por el Norte los montes de Bohemia, Alta Silesia y Hungría; las bodegas del país estaban ricamente provistas, y á pesar del esmero con que el general Marmont mantenía la disciplina entre sus tropas, desbandáronse éstas cediendo al cansancio, al calor y al vicio, y á la excesiva confianza que les inspiraba la victoria; de modo que llegó Marmont á Laa con la cuarta parte escasa de su fuerza efectiva. Reunió á los oficiales, expúsoles el peligro de comprometer con una culpable negligencia el resultado de toda una campaña, hizo fusilar á dos soldados para escarmiento, y á la madrugada ya había logrado allegar toda su gente para proseguir la marcha á Znaim. Al partir volvió á meterle en enojosas dudas una nueva conversión verificada por el enemigo. El cuerpo de Rosenberg, que se había dirigido hacia la izquierda para tomar el camino de Znaim, acababa de torcer á la derecha para tomar otra vez el de Brunn. El generalísimo austriaco, que seguía llamando hacia sí el cuerpo de Hohenzollern, dirigía por el contrario hacia Moravia el de Rosenberg, sin que se supiese en verdad por qué, puesto que no tenía este cuerpo la fuerza suficiente para defender dicha provincia si los franceses ponían empeño en ocuparla. Esta era una prueba más de que los dos cuerpos de Hohenzollern y Rosenberg habían tomado el camino de Moravia sin deliberación alguna y sólo por haberse encontrado en él, y de que la misma falta de reflexión los llevaba asendeados del camino de Znaim al de Brunn y viceversa. Este continuo divagar de los cuerpos austriacos, forzosamente había de producir confusiones en el general francés que dirigía en jefe la persecución; sin embargo Marmont, con su rara sagacidad militar, persistió en su marcha sobre Znaim, dejando á Rosenberg que hiciese una nueva conversión á la derecha y continuando en la dirección donde creía encontrar al enemigo y donde le encontró en efecto.

Hacia mediodía, llegado que hubo el general Marmont á una posición en que tenía á su izquierda el Taya y á su frente un barranco profundo que se unía con aquel río, divisó al otro lado del barranco el descampado en que asentaba formando anfiteatro la ciudad de Znaim. Los austriacos se agolpaban á la sazón al puente del Taya y atravesaban precipitadamente la población para tomar con tiempo el camino de Bohemia,

Lejos de hallarse en disposición de poder cortar el camino, el general Marmont, que sólo tenía diez mil hombres contra sesenta mil, corría gran peligro; pero separábase de la explanada de Znaim el barranco á que acababa de llegar y cuyas orillas ocupaban los austriacos. Los desalojó con una pujante acometida del 8.º y del 23 de línea y se apoderó además del pueblo de Teswitz, situado más abajo, desde el cual podía batir el puente del Taya. Hacia su derecha apoderóse también de dos caseríos muy capaces para servirle de apoyo, y más á la derecha todavía de un bosque donde diseminó sus tiradores. Protegido así su frente por el barranco de que se había hecho dueño, su izquierda por el Taya y su derecha por aquellos caseríos y aquel bosque, bien defendidos, podía con su artillería interceptar á los austriacos el paso al puente del Taya, sin exponerse demasiado á sus represalias. Empezó, pues, á batir el puente, despachando edecanes unos tras otros para informar á Napoleón de la extraña posición en que se hallaba.

Molestados los austriacos con aquel incómodo y peligroso cañoneo, hicieron una tentativa para impedirlo acometiendo seriamente el pueblo de Teswitz. Al ver los preparativos de ataque, envió el general Marmont tropas bávaras á sostenerlo; redoblaron sus esfuerzos los agresores, y fué menester reforzar las primeras tropas con la división de Wrede entera, y por último, como el ataque continuase, con el 81 de línea, que entró inmediatamente en acción. Bastó este regimiento francés para que terminasen las tentativas del enemigo y para que los austriacos quedasen detenidos á una considerable distancia. Así acabó el día sin ningún otro accidente. Al anochecer se oyó de lejos hacia la izquierda un cañoneo que anunciaba la marcha de Massena por el camino de Bohemia, persiguiendo al principal ejército austriaco. Advertido Napoleón, no podía menos de acudir allí por la derecha. Pasó, pues, el general Marmont la noche tranquilamente, con la confianza propia de un hombre que no había omitido medio alguno para defender su posición y que participaba además de la temeridad que la victoria inspiraba entonces á todos. Una circunstancia debía contribuir á hacerle confiado: un francés que había permanecido al servicio de Austria, llamado Mr. de Fresnel, acababa de presentarsele en nombre del general conde de Bellegarde pidiendo un armisticio. El general Marmont, no teniendo poderes para celebrar un convenio semejante y esperando principalmente que al otro día pudiésemos envolver al ejército austriaco, despachó al comisionado al cuartel general del emperador, sin cargar con la responsabilidad de suspender las hostilidades.

Llegaban los franceses en aquella sazón por derecha é izquierda, por los caminos de Bohemia y Moravia, sobre la pista de los austriacos. Massena, que había salido el 8 de Stockerau con las divisiones de infantería de Legrand, Carra Saint-Cyr y Molitor, y una división de caballería pesada, se mantuvo sin cesar sobre la retaguardia del príncipe de Reuss y le hizo numerosos prisioneros. Alcanzóle el 9 al pie de las alturas de Mal-lebern, y el 10 en Hollabrunn, donde trabó con ella la acción mientras el general Marmont estaba ocupado en establecerse enfrente de Znaim. El archiduque Carlos, al saber que un cuerpo francés había asomado por